

desdichado Juan!.. las mas crueles angustias desgarran sus corazones, modelos de virtud, donde poco tiempo hace reinaba la paz de los justos. ¡Oh Selith! la espada que atraviesa el corazon de María, atraviesa tambien mi espíritu. »

Y Selith responde :

« He visto padecer á mas de un mortal virtuoso, mas á ninguno tan digno de la compasion de los ángeles, como lo son esos dos ilustres desgraciados á quienes admiro no atreviéndome á compadecerlos. Amados son del Eterno y de él recibirán divinos consuelos... Mira, hermano mio : ¿ me engaña el deseo de que en efecto sean consolados, ó los ojos del Mesías se inclinan hácia los seres amados que á sus pies lloran? »

Calla Selith, estremeciéndose de alegría. El hijo del hombre se inclina hácia su madre, y hácia el discípulo que en sus brazos la sostiene; y entrambos reviven, esperando oír aun una vez el sonido de su voz divina. Tan dulce esperanza se realiza inmediatamente, hiriendo sus oídos estas palabras de Cristo.

« *Madre mia ese es tu hijo; y tú, Juan, esa es tu madre.* »

La gratitud y el gozo devuelven á aquellos dos desdichados la dulce facultad de llorar.

Sin embargo los dolores de María aumentan sucesivamente, sin que haya palabras humanas para

pintarlos. Mudos permanecen los cielos y tiemblan las entrañas de la tierra; y si bien no conmueve aun ese estremecimiento misterioso á los valles, que á Jerusalem rodean, la vista de la sangre que corre sobre el Gólgota inspira á las almas de cuantos la ven un vago presentimiento de venganza y de desdicha, que las irritadas olas del océano del porvenir estrellan ya en las playas de lo presente.

La progresiva y creciente agitacion de la tierra llega á desgarrar las entrañas de los montes, á donde Abbadona, huyendo del valle Getsemani, ha ido á buscar refugio. Sentado sobre la punta de una inmensa roca y sumido en mudo estupor, escucha el bramar del torrente cuyas impetuosas olas estrellándose á sus pies se precipitan al fondo del abismo, atraviesan sus misteriosas cavidades y vuelven á caer en nuevas simas. ¡Súbito tiembla su colosal selvático asiento, crugén los peñascos que le rodean, se abren y se hunden! Abbadona, sorprendido con el espectáculo de aquel estrepitoso dolor de la naturaleza, mira compasivamente en torno suyo y dice para sí :

« ¿ Tambien la tierra padece? ¿ Se desespera acaso porque de su polvo salió la especie humana? ¿ Hase fatigado de que sea su seno, en otro tiempo casto y puro, laboratorio ahora de asquerosa descomposicion? ¿ O está avergonzada de verse reducida á ser eterna tumba cuyas horribles entrañas

dilata continuamente la muerte con nuevos esqueletos, mientras que la primavera de una engañosa vida cubre su corteza de embalsamadas flores? ¡Tal vez gime por el hombre divino á quien he visto padecer en Getsemani, bajo las copas de los olivos envueltos en las sombras de la noche! ¿Qué será de aquel hombre?... ¿Y qué loco terror me detiene aquí? ¿Por ventura, estoy mas lejos de la mano del juez supremo, en estas subterráneas cavernas que lo estaria en las fértiles llanuras de la tierra? ¡Su mano pesará siempre y en todas partes, sobre mí, y aun cuando mas allá de la creacion, me fuera dado el huir allí tambien pudiera asirme!... Sí, iré á buscarle á aquel á quien he visto sufrir dolores mas fuertes que un simple mortal pudiera tolerar: quiero profundizar este misterio... Celestiales cohortes le rodean continuamente, su aspecto me obligará de nuevo á huir de aquel prodigio de los cielos... ¿Y porqué ha de asustarme el resplandor de los ángeles pudiendo yo revestirme con él?... ¡Revestirme con él... y basta una centella del celeste rayo, para que desaparezca el mentido resplandor!... ¡Satan, sin embargo, se ha rodeado de él mas de una vez, y Satan es mas criminal que yo!... Al menos, adornándome ahora con una beladad que ya no me pertenece, mi intencion no seria culpable. ¡Ay de mí, que conozco que á la vista de los ángeles, en otro tiempo mis hermanos, huiré

desesperado!... ¡Permanece, réprobo, permanece en tu miseria!»

Así piensa Abbadona, y desplegando lentamente sus alas sombrías se levanta sobre las trastornadas simas de la tierra; mas retrocede al instante viéndose aplanarse al globo bajo el peso de la terrible noche que le oprime.

«¿Sonó la hora del juicio? esclama, ¿van los tiempos á dar fin? ¿Porqué descargó su brazo el Todo poderoso sobre el terrestre globo? ¿Dió la tierra sepulcro al que tanto ha padecido ante mis ojos, y el Eterno pide cuenta por ello á sus verdugos? ¿Mas, es mortal aquella víctima? A donde quiera que mi pensamiento se dirija, solo encuentra misterios y prodigios! ¡Ah! ¡ya esto es demasiado vacilar, quiero saberlo todo!»

Dice, y deteniéndose sobre la cima de un alto monte penetran sus rápidas miradas en las tinieblas, y ve en lontananza á la ciudad santa semejante á una ruina coronada por vaporosas nubes. Armase de audacia, y aunque le estremece su propia temeridad, vuelve á tomar la celestial belleza, que ostentaba cuando era el mas joven y el mas hermoso de los ángeles. Dorada cabellera flota sobre sus espaldas, y bajo sus ondeantes rizos se agitan suavemente dos anchas y azuladas alas. En sus mejillas brillan las dulces tintas que coloran el horizonte al nacer la aurora; mas profunda melancolía

colía vela sus miradas, y una lágrima corre por su mejilla. Dirigiendo temeroso el vuelo hácia el punto mas oscuro de la region que le rodea, se aproxima al Gólgota, pues sobre aquel monte ha tendido el cielo la mas negra de sus noches, y oye, al atravesar el mar Muerto, un confuso tumulto semejante al bramido de las olas y á los lamentos de los naufragos.

Cuando irritada la tierra contra las criminales ciudades que con su peso la oprimen, condena al fin á la mas criminal de entre ellas y abre sus entrañas para hundirla, desaparecen templos y palacios; rugen en el fondo del abismo la amenazadora voz del subterráneo trueno, los edificios que se desquician, las víctimas que claman al sepultarse; y el horrorizado viagero que allí buscaba un techo hospitalario huye pálido y aterrado. Así se aparta Abbadona de las orillas del mar Muerto, y llega á las inmediaciones del círculo, que forman los inmortales en torno del Gólgota. Elohá viéndole lo reconoce y dice:

« ¡Desdichado! viene á contemplar en la cruz al Salvador, despues de haberle visto padecer sobre el monte de los Olivos... Persíguenle los mas espantosos remordimientos. ¿Quién podrá rehusarle un sentimiento de compasion? ¿Será la eternidad para él una inagotable fuente de amargas lágrimas? Apenas es si ha gozado de la bienaventuranza de

los espíritus puros, porque su nacimiento y su caída se siguieron de harto cerca. ¡Oh Juez eterno! tú consumirás en favor del angel rebelde, pero arrependido, el mas piadoso, el mas incomprensible de tus misterios. Cesen los cielos de admirarse; porque el Mesías, criador de los inmortales, espira en la cruz por todas sus criaturas. »

Y volviéndose hácia un serafin añadió: « Vé á encontrar á los ángeles y á los patriarcas, y prevenles que á ellos se acerca el trémulo Abbadona. Que no se le rechace si en medio de nosotros se atreve á penetrar. Guíale el arrepentimiento, quiere contemplar al Redentor: ¡concedido le sean cruel consuelo; que pecadores hay en torno de esa cruz mas endurecidos que él! »

Cada vez va siendo mas tímido el vuelo de Abbadona, y al frisar la tierra se disponia á huir, cuando al fin comprende que no puede menos de ser el Mesías aquel á quien un coro de ángeles, asiste en el suplicio. Esa conviccion le reanima y asusta al mismo tiempo: álzase del suelo, y haciendo un enérgico esfuerzo penetra al cabo en el luminoso círculo de los inmortales. Pero, poco diestro en el arte de fingir, procura en vano imitar la celestial sonrisa de los ángeles de luz; y la espresion de su fisonomía descubre los remordimientos y las penas que le agitan. Llenos de santa piedad, apartan los ojos de él los seráfines y déjanle pasar.

Abbadona llega á colocarse sobre la cima del Gólgota, divisa á los tres crucificados, se vela el rostro y dice :

« No, no quiero, no debo mirarlos : sus dolores aumentando mis tormentos me obligarian á huir... Desdichados hijos de Adan, casi tan criminales sois como yo, pues que llegais á dar muerte á vuestros semejantes. ¿ Hacedlo para defender vuestra propia vida ó para satisfacer vuestras violentas pasiones? Sea como fuere, no quiero ver á esas desdichadas víctimas... Horribles pensamientos de muerte, cesad de perseguirme, que yo busco al hombre divino á quien protegen legiones de ángeles. ¿ Dónde podré encontrarle? ¿ En el valle en que le he visto padecer rodeado de profundas tinieblas? Pero esas mismas pesan sobre el monte del suplicio, y en ese no está seguramente... ¡ Ah! ¡ si los ángeles se dignasen enseñármelo! ¡ Si yo me atreviese á pedirles esa gracia! ¡ Temerario! ¿ no es ya demasiada felicidad para tí, la de haberte introducido furtivamente en tan santa asamblea?... Pero no me conocerán, porque estan absortos en sublimes meditaciones sobre el hombre divino. ¿ Y dónde se halla ese hombre divino? ¿ Se habrá refugiado en lo mas escondido del santuario del templo, para que no vea ningun mortal el sangriento sudor en que bañan su frente los sobre-humanos tormentos que padece? Paréceme sin embargo que no se fijan

las miradas de los inmortales sobre el templo... ¿ Y qué puedo saber yo cuando la vergüenza y los remordimientos tienen constantemente clavados mis ojos en la tierra? ¿ Cómo he de atreverme á seguir la direccion de sus miradas celestiales y puras?... A pesar de todo he de atreverme á tanto : sí, quiero contemplar esa lúgubre colina donde reciben el castigo de sus crímenes los culpables de la tierra, porque un secreto pre sentimiento me dice que en ella cumple el hombre divino su misteriosa misión. »

Dejó de hablar; y, harto debil para sostenerse en el aire, descendió á la intermediacion de Juan, cuyas miradas estan fijas en la cruz donde el Mesías moribundo no parece pedirle mas á la tierra, que una tumba para descanso de sus destrozados miembros. Siguiendo los ojos del angel caido las miradas del predilecto discípulo se estremece y piensa :

« No, no es ese al que busco ; porque aquel no puede morir... ¡ Ay de mí! ¿ porqué persisto en un error sin objeto?... ¡ Irritados cielos, yo lo confieso en fin : la celeste víctima del Juez inexorable es la que he visto, es la que veo!... Póstrome ante ella y humillado en el polvo de la tierra, y cubierto con las cenizas de la muerte, debo y quiero esperar el desenlace del mas terrible de los misterios... ¿ Qué sensacion es la que experimento? ¿ Es la del reposo que tranquiliza ó la del terror que anonada?

¿Será la esperanza que consueta? ¡La esperanza del no ser que es la única que me queda! ¡Oh! no me engañes vaga esperanza: paréceme que puedo sin delito pedir al Eterno la gracia de que me aniquile, y que pudiera concedérmela en este momento. ¡Oh tú que lees en mi corazón! ¡oh tú, que recompensas y castigas! sin duda cuando el divino moribundo haya cesado de sufrir, inmolarás á sus manes algunos de los espíritus malignos autores del pecado, y que á él procuran continuamente atraer á tus criaturas... Haz que sea Abbadona uno de los malditos, á quienes vas á esterminar sobre la tumba del Justo... Cuando haya cesado de ser, no me devorarán las eternas llamas de la condenacion; y se dirá de mí: ¡Fué, ya no es!... Los ángeles me olvidarán, todos los seres creados me olvidarán, Dios mismo me olvidará también!... ¡Ya lo ves, Juez del universo, presento mi cabeza al mas terrible de tus decretos; ya me hiera silenciosamente tu cólera, ya con el mas estrepitoso de tus rayos me aniquile, poco me importa con tal que me borres de la creacion! »

Así pensó el angel caído, y apartando sus miradas del polvo las dirige al lívido semblante del Mesías: el horror de la nada se apodera de él, y el mentido esplendor que le rodea se disipa por instantes. Conócelo, se estremece y va á perderse en las sombras de la reprobacion, cuando divisa á su

hermano, á la mas bella mitad de sí mismo, brillando con el mas puro angélico resplandor. Al verle, reúne el caído serafin las pocas fuerzas que le quedan para conservar la celestial apariencia que imagina le disfrazará á los ojos de su antiguo amigo. Mas el deseo de penetrar el secreto de los cielos supera en él á todas las demas consideraciones, é imitando el acento y resueltos ademanes de un mensajero de Dios encargado de correr de mundo en mundo, sin poder detenerse en ninguno, dirige á Abdiel esta pregunta:

« Dime, te ruego, cual es el instante señalado para la muerte del Mediador divino. No puedo detenerme aquí y quisiera adorar á aquel instante en cualquier punto de la creacion donde me encuentre. »

Miróle Abdiel con melancólica y sentida severidad, y agitados sus labios dulcemente por la compasion dejaron escapar esta palabra: « ¡Abbadona! »

A cada una de las sílabas del nombre que de Satan recibió y que el morador de los cielos acaba de pronunciar para probarle que le ha reconocido, disípanse los mentidos rayos que ornaban á Abbadona y se convierten en sombras asquerosas. Así reemplaza repentinamente la palidez de la muerte á los brillantes colores que animaban el bello rostro de un adolescente, cuando le hiere el rayo.

Reducido á recobrar las horribles formas de un príncipe de los infiernos á la faz de los ángeles reunidos, huye á la ventura el desdichado Abbadona; y pronto, estenuado por la vergüenza y por la desesperacion, se deja caer en medio de un bosque de palmeras. Al rumor de su caída, salió del mismo bosque, á cuyas sombras se habia refugiado, el alma de un muerto mas negra aun que el triste Abbadona. A esa la conduce y arrastra á la cruz Obaddon el angel de la muerte. Sombria como las bóvedas sepulcrales de la muerte, aterrada como el extraviado caminante que ve estallar al rayo sobre su cabeza y al mismo tiempo abrirse el suelo bajo sus plantas, huye aterrada el alma ante el angel terrible, en cuya mano vibra flamígera cuchilla. Al llegar al centro de una densa nube blande Obaddon su amenazadora espada y ordena al espíritu que se detenga :

« Mira, miserable, le dice, aquí está la aldea de Betania, allí Jerusalem, Jerusalem, y en ella el palacio de Caifás y la humilde morada donde, con los otros discípulos, celebraste la anticipada memoria de la muerte de tu divino maestro. ¡Contempla en medio de las rocas de Getsemani tu abandonado cadaver y á tus pies en la direccion de mi cuchilla esas tres horribles cruces !... ¡Jesus, Jesus es quien muere en la mas elevada de ellas !... Temblar puedes; mas no huir... Contempla esa sangre que corre

para redimir á la especie humana de la eterna muerte ; de esa muerte terrible que te espera... Marchemos ahora : tu odiosa presencia aflige á los espíritus celestiales que rodean este lugar sagrado.»

Diciendo así arrastró al alma de Judas por en medio de los astros ; y la inmensidad de la creacion llena de espantoso terror al mas pérfido de los traidores, haciéndole comprender la omnipotencia del Juez del universo. El esceso mismo de su temor le da fuerzas, en fin, para dirigir la palabra á su terrible conductor de esta manera :

« ¡Ah! ¡por piedad aniquíleme esa tu espada de fuego, mas no me obligue á comparecer al pie del trono del Eterno. »

Y Obaddon responde en voz terrible :

« ¡Silencio, miserable ; obedece y marcha !»

Y obligándole mal su grado á penetrar en la in- finidad del espacio, pasa con él de estrellas á estrellas, de soles á soles. Llegados que fueron al último de esos astros brillantes se detuvo y enseñó á Judas los cielos donde reina el Eterno en toda su gloria. En aquel momento padecía el Mesías en la cruz ; santas tinieblas rodeaban el santuario ; tris- tísimo silencio reemplaza á los himnos de los elegidos ; y sin embargo las inefables delicias de aque- lla morada sobrepujaban á cuanto la imaginacion del hombre pudiera en sus piadosos éstasis soñar de mas sublime.

Obaddon habla de nuevo al reprobó :

« ¡Póstrate, mira, y desespera!... Sobre ese trono, rodeado de sagrada oscuridad, se digna el Eterno mostrarse algunas veces á sus elegidos, y en torno de él reunirá aquel que en este momento redime los pecados del mundo, á sus fieles sobre el monte celestial llamado por nosotros Sion ¹. Las doce sillas, que á la manera de doce soles brillan sobre ese monte, preparadas fueron desde el principio de la creacion para los discípulos de Cristo; y sentados en ellas han de juzgar un día á todos los hijos de la tierra. ¡Tú tambien has sido discípulo de Cristo!... ¡No te revuelques así, no esperes enternecerme : no, traidor, no te aniquilaré! Calcule tu pensamiento cuanta gloria y felicidad encierran los cielos, y conocerás la medida de los eternos tormentos que te esperan. En vano procuran tus ojos apartarse del bien que perdiste : como la roca del mar azotada incesantemente por las olas, vas á esperarme aquí, ante el cielo abierto y pronto á recibir las almas de los que permanecieron fieles á aquel á quien tú hiciste traicion! »

Calla el angel de la muerte, acercase al santua-

¹ Ha podido observarse ya muchas veces que en sus ficiones poéticas hace Klopstock que los ángeles y aun el Mesías mismo designen y distinguan las diferentes partes en que divide el cielo, con los nombres de las ciudades, montes, valles y rios mas célebres de la Palestina.
— T. F.

rio, se postra, y despues de una ardiente oracion vuelve cerca de Judas y con voz poderosa como la del trueno le dice :

« Sígueme, reprobó : voy á conducirte á tu eterna morada. »

Y lánzase entrambos del empireo. Rápido como el relámpago es el vuelo de Obaddon : ya llegó con Judas al abismo de perdicion. Tumulto espantoso se oye en el fondo del tenebroso abismo que gira sin método y sin ley en el espacio que le midió el Eterno. Tan pronto se detiene como se lanza con furioso movimiento ; y por eso las llamas terribles de las envenenadas flechas aguzadas por la eterna muerte, caen á la ventura sobre los negros habitantes del infierno.

Judas al vér la temida sima hace rabiosos esfuerzos para romper los lazos que le aprisionan, pero Obaddon lanzándose fuera de los límites de los orbes, arrastra consigo al traidor y se deja caer con él á la entrada de la region de los tormentos. Allí el réprobo se rebela de nuevo, y de nuevo quiere huir : mas obligado á encorvarse bajo la ardiente espada del angel exterminador, llega al pórtico del abismo, donde los seráfines á quienes el Eterno ha confiado su custodia reconocen á Obaddon y al alma maldecida á quien acompaña. Abrense espontáneamente las puertas de diamante mostrando una espantosa é inflamada boca, que no bastarian á

cerrar juntas las montañas de todos los orbes creados. Allí se detuvo el ángel de la muerte.

No tiene senda el infierno para bajar á sus profundos senos: desde el pórtico en adelante ruedan gigantescas rocas chocando desordenadamente entre sí al través de las llamas que brotan en todas partes, sin destruir aquellos peñascos que surcan y penetran. Sobre la cima de la mas alta de las ardientes rocas se ve al Terror, pálido, mudo, desordenado el cabello, llena de vértigos la frente, fijos los ojos, desencajados de las órbitas y clavados en el fondo de los abismos!

El ángel esterminador aparta la vista de aquel espectáculo, inclina su espada hácia el Averno, y clama en voz tonante:

« ¡ Judas Iscariote, hé aquí la morada de los reprobos, la tuya! ¡ En la cruz muere el Mesías para redimir á los pecadores de la muerte eterna que aquí reina, y esa muerte, viéndolo estás, no es el sueño de la nada! »

Dice, precipita al reprobado en los infiernos, emprende de nuevo su rápido vuelo, atraviesa el Empireo, vuelve al Gólgota y espera allí los decretos de la irritada divinidad.



CANTO DÉCIMO.

ARGUMENTO. — Mira Jesús á Satan y á Adramelec que se habian refugiado á orillas del mar Muerto y los dos príncipes de tinieblas sufren horribles dolores. — Llévanse los ángeles custodios á las almas de los primeros cristianos para que animen á sus cuerpos que las esperan en la tierra. — Bendícelas el Mesías. — Reunidas las almas de los patriarcas y de los profetas en el bosque de Getsemani, discurren sobre los padecimientos del Redentor. — Espresan su dolor en solemnes cánticos las almas de Simeon y de san Juan Bautista, de Miriam y de Debora. — Abatidos por la tristeza apártanse los fieles del Gólgota. — Lázaro sigue á Tadeo que se ha refugiado á los sepulcros y le consuela comunicándole una parte de las proféticas sensaciones que experimenta desde que Jesús le ha resucitado. — Anuncia Uriel á los seráfines y á los patriarcas la llegada del ángel de la muerte. — Henoc, Abel, David y Seth entonan fúnebres cantos; lloran amargamente sus pecados Adán y Eva orando por la redención del género humano. — Llega el ángel de la muerte, descansa en el monte Siná y cae sobre el Gólgota donde despues de adorar al Mesías le hiere cumpliendo los decretos del Eterno. — Pronuncia Jesús sus últimas palabras sobre la tierra y espira.